

Palabras del presidente del Instituto

Nos reunimos hoy para recordar una vez más a Guillermo Brown frente a la tumba que guarda sus restos. Este sepulcro modesto, pintado con el color de las praderas de Irlanda, refleja una de las características más notables de su personalidad: la austeridad y sencillez que junto a su valor y desinterés probado lo colocan entre los hombres más venerables de la historia argentina. Poco antes de que hace 162 años se removiera la tierra en este mismo sitio para albergar su fatigado cuerpo, lo había visitado en la Casa Amarilla de Barracas el almirante Grenfell, su antiguo adversario en la guerra contra el Imperio del Brasil. Al verlo controlando la siembra de alfalfa, vestido como un operario más, exclamó: “¡Ah!, bravo amigo, si usted hubiera aceptado la propuesta de don Pedro I, cuán distinta sería su suerte, porque a la verdad, las repúblicas son siempre ingratas con sus buenos defensores”. A lo que Brown contestó: “No me pesa haber sido útil a la patria de mis hijos; considero superfluos los honores y las riquezas cuando bastan seis pies de tierra para descansar de tantas fatigas y dolores”.

Y aquí se oyó la voz del ministro de Guerra y Marina del Estado de Buenos Aires, coronel Bartolomé Mitre, para pronunciar su famosa oración fúnebre: “El nombre de Brown valía por otra escuadra, y después del triunfo pudimos repetir con el inspirado vate de nuestros triunfos: ‘Alzóse Brown en la barquilla débil:/Pero no débil desde que él la alzara’ [...] Si algún día nuevos peligros amenazasen a la patria de los argentinos; si algún día nos viésemos obligados a confiar al leño flotante el pabellón de Mayo, el soplo poderoso del viejo almirante henchirá nuestras velas, su sombra empuñará el timón en medio de las tempestades, y su figura guerrera se verá de pie sobre las popas de nuestras naves en medio de la humareda del cañón y la grito del abordaje”. Y agregó el ya autor de la *Historia de Belgrano*: "Brown, en la vida, de pie sobre la popa de su bajel, valía para nosotros una flota. Brown, en el sepulcro, simboliza con su nombre toda nuestra historia naval..."

En sus últimos años, el Almirante había gozado del reconocimiento unánime de sus contemporáneos, y si en aquellos tiempos en que el país estaba dividido entre Confederación Argentina y Estado de Buenos Aires, los porteños lo presentaban como uno de sus grandes símbolos guerreros, el presidente Urquiza, que regía una nación

privada de su “hermana mayor”, le informaba con estas palabras que se le habían extendido los despachos de brigadier general de marina: “El Gobierno con esa medida ha consultado la decidida predilección a que V.E. tiene títulos por sus viejos y leales servicios a la República Argentina en las más solemnes épocas de su carrera”.

Después de su muerte, el nombre de Brown estuvo presente en parques y plazas, en unidades de la Armada, en monumentos y en hermosas medallas acuñadas en su homenaje. Su efigie viril y simpática circuló en los sellos postales y en los billetes de banco. Pero sobre todo el ejemplo moral y las hazañas del glorioso marino penetraron profundamente en el espíritu nacional a través de las escuelas: su nombre era repetido por los niños y jóvenes junto con los de Belgrano, San Martín y otros padres de la patria.

Algunos de los que hemos vivido en los tiempos del guardapolvo blanco llevado con orgullo por los niños y por aquellas maestras sarmientinas que más allá de sus privaciones –siempre las han sufrido los docentes en esta tierra- sentían en lo más profundo la historia de la patria, recordamos de qué modo se exaltaba a los grandes hombres en sus aniversarios, no solo a través de lecturas sino mediante quizá ingenuos pizarrones tachonados de láminas y moños argentinos. También evocamos con qué énfasis se estimulaba la lectura de los libros de la biblioteca escolar, adecuados a la edad de cada alumno. Nunca olvidaré el impacto que hizo en mi espíritu “El almirante de Bronce”, de Eros Nicola Siri, en que se narraban las hazañas de Brown.

Desde hace tiempo, triste es reconocerlo, la historia ha desaparecido casi de los planes de estudio en los diferentes niveles, con el resultado de que la sociedad desecha las enseñanzas de un ayer que no conoce, y en general mira con indiferencia cuanto sucedió en un pasado remoto o reciente. Los slogans insisten en que hay que mirar hacia adelante. ¡De acuerdo! Hay que trabajar para el futuro, mejorando las condiciones de la comunidad en que se vive, pero eso es imposible sin nutrirse de las enseñanzas del pretérito. ¡Cuánta vigencia tienen las proféticas palabras de Nicolás Avellaneda!, “los pueblos que olvidan sus tradiciones, pierden conciencia de sus destinos, y los que se apoyan sobre tumbas gloriosas son los que mejor preparan el porvenir”.

Ojalá volvamos al tiempo en que en las grandes celebraciones nacionales se abrazaban los distintos sectores de la ciudadanía, y en que, en el caso concreto de

Brown, llegaban a este sepulcro, encabezadas por los institutos de formación de la Armada, delegaciones de escuelas de distintos puntos para rendirle homenaje.

El Instituto Nacional Browniano busca proyectar en los diferentes ámbitos educativos la vigencia de las virtudes cívicas y militares del héroe, y procura amalgamar la investigación histórica con la difusión de ese auténtico tesoro.

Sería de desear que el año próximo, cuando, Dios mediante, volvamos a reunirnos ante la urna que guarda las cenizas del héroe de Martín García, Montevideo, Juncal y tantas jornadas hazañosas, se sumen a este puñado de civiles y militares que hoy lo recuerdan, junto a los turistas curiosos que detienen su paso al oír el estridente clarín, guardapolvos blancos provenientes de escuelas de distintos lugares del país que llevan su nombre.